



“Gracias por dejarme hablar”

Sanidad · La profesión como lugar de cuidado

Pasando consulta, algunos pacientes me han dicho: “gracias por dejarme hablar”, “usted me ha hablado mirándome a la cara y no mirando al ordenador”.

Me pregunto: ¿se nos ha olvidado que estamos atendiendo a personas que sienten y padecen? ¿Entiendo mi profesión como un servicio a la sociedad? ¿Los médicos hemos dejado de cuidar para solo curar enfermedades?

De un lado están los pacientes, que necesitan, que desean ser atendidos por profesionales que entiendan lo que les ocurre, que empaticen con ellos y a su vez estén bien formados.

De otro lado estamos los médicos, muy bien formados para tratar enfermedades, pero no tanto para la escucha, y con la presión asistencial y la de una posible denuncia sobre nuestras espaldas.

Otra variable en esta ecuación es la estructura, que intenta organizar un sistema de salud que ha deshumanizado al paciente, porque lo ha convertido en números: números de pacientes vistos en la consulta, números de pacientes operados, reducir los números de las listas de espera...

La formación académica también dejó mucho que desear en el plano más humano. Yo nunca tuve formación orientada a tener en cuenta los sentimientos del paciente; la formación es muy buena para aprender a diagnosticar y tratar enfermedades, pero no para cuidar a personas con enfermedades. Nunca me enseñaron a dar una mala noticia, a escuchar las dudas y los miedos de los enfermos; no me formaron en la parte humana de mi profesión. Por lo visto, esto se presupone en un médico.

Durante toda mi vida profesional siempre me ha preocupado ese lado humano de mi servicio, pero no ha sido fácil integrarlo en medio de una vorágine donde el tiempo que tenemos para atender a los pacientes es cada vez más reducido. Por eso necesito pararme para revisar cómo estoy ejerciendo mi profesión, para no desviarme del camino, dejar hablar y escuchar a los pacientes, para hablarles mirándoles a los ojos y no al ordenador.

¿Qué haría Jesús? ¿Cómo trataría Jesús a mis pacientes?

“Cuando se acercaba a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntó de qué se trataba. Cuando le informaron que pasaba Jesús el Nazoreo, empezó a decir a gritos: ‘¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!’. Los que iban delante le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: ‘¡Hijo de David, ten compasión de mí!’. Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran. Cuando se acercó, le preguntó: ‘¿Qué quieres que haga por ti?’. Él le dijo: ‘Señor, quiero ver!’. Jesús le dijo: ‘Recobra la vista. Tu fe te ha salvado’. Al instante recobró la vista y le seguía alabando a Dios. El resto de la gente, al verlo, alabó también a Dios.”

Lc 18,35-43

Jesús se detuvo. En medio de todo el bullicio se detiene para atender a una persona que necesitaba algo de él. Se detiene porque siempre camina pendiente de lo que tiene alrededor, ve y escucha con el corazón. Yo quiero esos oídos para mí, deseo pararme para escuchar con el corazón las necesidades de mis pacientes: aunque no siempre pueda curarlos, siempre puedo escucharlos. Puedo preguntarles cómo se sienten después de informarles, qué miedos tienen, qué es lo que más temen, saber si me han entendido, si quieren que les aclare algo. ¿Cómo voy a tener empatía si no me paro para saber cómo están, qué quieren de mí? En un curso que hice sobre la humanización en el mundo de la salud, en los apuntes tenía una frase sobre la empatía que resuena en mi cabeza; dice literalmente: “La empatía implica un modo de compartir la emoción percibida por el otro sintiendo con el otro, pero sin sentir lo mismo que el otro”. Jesús va más allá de la empatía: la compasión. Siente con el otro, se hace cargo de su sufrimiento y desde ahí lo cura.

Le pido al Padre que me ayude a ser una persona que, a pesar de la burocracia y la presión asistencial, se pare, se detenga para escuchar (*Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran*), escuchar a la persona que padece un dolor, una molestia, una enfermedad. Pararme es el primer paso para tener empatía. Siento esa llamada a pararme para atender a mis pacientes con empatía, con corazón, con compasión, sin ruido que me desvíe de mi camino, de mi servicio.

Termino mi lectura creyente con una canción:

- «Tu modo» (*Teu proceder*). Texto y música de Francys Adão, SJ; traducción de Cristóbal Fones, SJ.

Profesionales Cristianos
Diócesis de Mérida-Badajoz